

LA HISTORIA VIVIDA

Alfonso y Luis de CEBALLOS-ESCALERA Y GILA

El teniente graduado de Infantería de Marina don Tomás Pío Pérez de los Ríos, héroe, masón y frustrado asesino de Fernando VII

Hace casi dos siglos, cuando España, arruinada y agotada por una terrible y larga guerra contra los franceses, se debatía entre la voluntad pasiva de una mayoría de partidarios del Antiguo Régimen, y la voluntad activa de una minoría ilustrada y liberal que quería cambiarlo todo, tuvo lugar uno de los varios intentos de acabar con la vida de *El Deseado*, que ya para entonces se había convertido en el motor del más puro y duro absolutismo.

Fue poco después de la llegada a España, en la primavera y verano de 1823, de los llamados *Cien Mil Hijos de San Luis*, enviados por la Santa Alianza para reponer la monarquía absoluta y acabar con el turbulento «Trienio» constitucional (1823-1824). Los franceses y sus aliados, al mando del duque de Angulema —hijo mayor del Delfín de Francia— llegaron pronto hasta Cádiz, tomaron el fuerte del Trocadero y enseguida los constitucionales les entregaron la persona del rey y a su real familia, y con ellos la plaza, concluyendo de hecho así aquella triunfal campaña.

A pesar del pronto derrumbe de los constitucionales —a los que la inmensa mayoría del pueblo español dio la espalda—, y de la pronta implantación de un sistema absolutista que en aquellos primeros momentos puso en práctica una represión horrosa de las ideas, las instituciones y las personas de los liberales, éstos lograron —al menos en los primeros momentos— continuar trabajando en la sombra. Capturado, condenado y ejecutado el general Rafael del Riego, cabeza del golpe de estado de 1820, que tuvo lugar en Madrid el 7 de noviembre de 1823, en la tarde y noche de aquel mismo día todos los jefes de la masonería permanecieron reunidos en una «tenida» que tuvo lugar en el «templo» abierto en la calle de Ciudad Rodrigo, esquina a la de la Fresa. A esa «tenida» asistieron, por cierto, numerosos oficiales del ejército «invasor» de su Majestad Cristianísima, y en ella se debatieron grandes proyectos de insurrección, como por ejemplo el de destituir al rey y proclamar la República, propuesta que fue desechada tras una ajustada votación.

Lo que en definitiva acordaron los «Venerables» de todas la logias reunidas fue: primero, protestar por la publicación de una forzada retractación del general Riego cuando se le puso en capilla; segundo, vengar su muerte, asesinando al rey, al ministro Calomarde y al confesor del Rey (al que se atribuía en definitiva la ejecución de Riego); y tercero, constituir una regencia.

Estos acuerdos se pusieron desde luego en práctica. La primera intentona para acabar con la vida del monarca tuvo lugar cuando Fernando paseaba por el Jardín Botánico; la segunda, cuando salía de los toros; la última fue en el Real Sitio de Aranjuez. Los encargados de cometer el crimen fueron el capitán don N. L.V. —a quien no hemos logrado identificar—, y el sacerdote catalán don Félix Torres y Amat —quien, a

pesar de ser masón, siendo obispo de Astorga (1)—; contaban al parecer con la compli-
 cidad de algunos oficiales de la guardia real. Pero todas fracasaron por unas u otras
 causas.

El cuarto intento y los que le siguieron con los que nos interesan. El encargado de
 llevar a efecto el regicidio —encargo que se echó a «suerte de bola»— fue don Tomás
 Pío Pérez de los Ríos, «hermano» de la Logia de San Fernando, sargento primero de
 Infantería de Marina. El día que se señaló para llevar a cabo el atentado fue el 11 de
 noviembre de 1824, durante el paseo del Rey por la Casa de Campo. Pero el monarca
 no salió aquella tarde de sus habitaciones porque sufrió un ataque de reuma, y no salió
 tampoco a pasear durante todo el mes siguiente.

El constante don Tomás Pío Pérez solicitó tres veces ser recibido en au-
 diencia — lo que entonces era bastante más sencillo de conseguir que hoy en día—, pero las tres
 veces le fue negada, debido a la mala salud del rey.

Cuando el monarca, ya en la primavera de 1825, se trasladó al Real Sitio de Aran-
 juez, hasta allí le siguieron el teniente Pérez de los Ríos y varios de los conjurados.
 Pero ya en abril se corrió la voz en la corte de que los masones iban a matar al rey, y
 poco después se identificó a don Tomás Pío como uno de los implicados, por lo que el
 1 de junio recibió orden de la superioridad para pasar a Badajoz, con el retiro militar,
 dándole dos horas de término para salir del Real Sitio.

Frustrado así el crimen, ambos actores continuaron sus vidas: el rey, dedicado a
 perseguir a los liberales hasta su muerte en septiembre de 1833; y nuestro oficial de
 Marina, ya retirado, entre Madrid y Badajoz, donde también le alcanzó la muerte en el
 mismo año de 1833.

Don Tomás Pío Pérez de los Ríos había nacido en Huete (Cuenca) en 1764, en el
 seno de una familia noble de origen alcarreño, estando emparentado con los señores de
 Huete y los marqueses de los Ríos. Sentó plaza de soldado de Marina en 1783, y en-
 seguida embarcó en el navío *Gallardo*, sirviendo en aguas y tierras de América a las
 órdenes de los generales López de Carrizosa, Lastarria, Ulloa, Castejón y Domontes, y
 de los capitanes de navío Orozco y Pineda. A su regreso a la Península en la escuadra
 mandada por O'Carrol y Negrete, fue destinado al presidio de Orán, en cuya plaza
 fuerte se destacó mucho con ocasión del célebre terremoto sufrido en la madrugada del
 7 al 8 de octubre de 1790, que destruyó prácticamente toda la ciudad y sus fortificacio-
 nes, causando cientos de muertos y miles de heridos. Tras prestar auxilio a las vícti-
 mas, logró reunir a varios soldados de Marina, sus compañeros, y con tan escasas fuer-
 zas pudo reducir a los presidiarios, que se habían amotinado y habían salido por toda la
 plaza, cometiendo robos y saqueos; después se dedicó durante 33 días a rescatar a las
 víctimas sepultadas, a destruir los edificios derrumbados y a apuntalar otros, reconstru-
 yendo los maltrechos baluartes. Esta brillante actuación fue reconocida por el brigadier
 conde de Cumbre Hermosa, comandante general de la plaza, en sus informes, como

(1) He revisado acuciosamente el episcopologio hispano del siglo XIX, y resulta que las
 iniciales que proporciona Nicolás DÍAZ Y PÉREZ en su *Ensayo histórico-crítico de la Orden de
 los Francmasones en España* (Madrid, 1894, pág. 335), corresponden solamente a don Félix
 Torres y Amat (Sallent, 1772-1847), que fue acusado de jansenista y que desde luego fue un
 clérigo muy ilustrado, que en julio de 1833 fue nombrado obispo de Astorga, en cuya sede
 murió.

recoge la crónica del general Ximénez de Sandoval (2), y se distinguió de nuevo el cabo de cañón Pérez de los Ríos cuando en 1791, la maltrecha plaza de Orán fue atacada por la fuerzas del bey de Mascara durante el sitio, más de diez meses.

Tras el abandono en 1792 de la plaza de Orán, Pérez de los Ríos pasó destinado a Cádiz y embarcó hacia América, retornando a Cartagena en 1797. A bordo del navío *Santísima Trinidad*, el 14 de febrero de 1797 (por cierto en compañía del célebre Pablo Morillo, con quien trabó gran amistad). Tras recalar en Cádiz, y siempre a bordo del mismo navío, pasó de nuevo a América, batiéndose contra los ingleses en Puerto Rico y en la isla de Trinidad (1798). A su retorno a la Península sirvió en Cádiz, en Ferrol y en San Fernando hasta 1804. Volvió a embarcar entonces en el *Santísima Trinidad*, y en este navío de tres puentes y 130 cañones se halló en la batalla de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, en la que combatió valerosamente, saliendo de ella gravemente herido en el cráneo, muy contusionado en el hombro y en las piernas, y con pérdida de dos dedos de la mano derecha, que le llevó una bala de cañón.

Cuando el *Santísima Trinidad* se fue a pique, pudo el cabo Pérez de los Ríos trasbordar al navío *San Francisco de Asís*, que al poco se fue igualmente a pique durante el temporal que siguió a la batalla, salvándose nuestro personaje milagrosamente. Tras convalecer en el Hospital de San Fernando, ascendió a sargento segundo, se embarcó y participó en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses (junio de 1807), regresando a Cádiz poco después. Ya en Cádiz luchó en junio de 1808 contra la escuadra francesa al mando del almirante Rosily, hasta que ésta se rindió; en cuya acción fue otra vez herido en el pie derecho, cuando saltó el primero sobre el navío francés *Le Héros* (enseguida rebautizado como *Héroe*).

Hizo con los batallones de Marina la campaña contra los franceses, mereciendo el premio de constancia en 1810. Concluida la guerra, y hallándose inválido, en 1815 solicitó y obtuvo pasar a servir en destinos civiles, concretamente en el Ministerio de Hacienda, concediéndosele una plaza en las salinas de San Fernando, y más tarde en las de Huelva.

Entretanto, se había casado en El Ferrol con doña Josefa de Ugarte (finada de Badajoz en 1866), de la que tuvo cuatro hijos, a su vez progenitores de una prole abundante. Cuando las penurias de la Real Hacienda causaron la suspensión del abono regular de los sueldos y pensiones militares, fue esta señora la que, trabajando de maestra en una escuela que abrió en su propia casa, pudo mantener a toda la familia de don Tomás Pío.

En noviembre de 1820 pidió volver al servicio activo, y se le concedió, aunque con pérdida de su antigüedad; en julio de 1823 pasó destinado a San Fernando, y en 1824 alcanzó el empleo de sargento primero y el grado de alférez de Infantería de Marina. Aquel mismo año, como ya he dicho, se le concedió el retiro forzoso y se le señaló cuartel para la plaza de Badajoz. El retiro fue definitivo, en clase de «inválido», desde 1826, fijando su residencia durante algún tiempo en la corte. Tres años después su amigo y compañero don Pablo Morillo —ya flamante teniente general de los Reales Ejércitos, conde de Cartagena y marqués de la Puerta— presentó al rey a nuestro

(2) XIMÉNEZ DE SANDOVAL, C.: *Las inscripciones de Orán y Mazalquivir: noticias históricas sobre ambas plazas, desde la conquista hasta su abandono en 1792* (Madrid, R. Vicente, 1867).

sargento primero graduado de alférez don Tomás Pérez de los Ríos, y por gracia especial el monarca le dio entonces el grado de teniente. Poco después regresó a Badajoz donde residió en el Cuartel de Inválidos, antigua residencia del Príncipe de la Paz. La epidemia de cólera que diezmo la capital pacense en 1833 afectó a Pérez de los Ríos, que perdió la razón y hubo de ser internado en el hospital militar de la plaza, donde alcanzó la muerte a finales de 1833.

Fue sepultado en el cementerio del castillo de Badajoz, con honores militares: bajo presidencia del propio capitán general conde de Sarsfield, con una compañía con bandera y música, acompañaron el cadáver 24 cabos primeros con hachones; la caja fue llevada por seis sargentos primeros, uno de cada arma y las cintas las llevaron seis capitanes. Al año siguiente el capitán general de Extremadura, a instancias de la guarnición de la plaza, puso sobre su tumba una lápida de mármol negro en la que se leía:

R.I.P.

Aquí descansan los restos mortales del ilustre marino

Don Tomás Pío Pérez de los Ríos

*Asistió a la defensa de Orán, después del terremoto
y a la batalla de Trafalgar, donde destacó entre los más valientes
y estuvo en la rendición de la escuadra del almirante Rosily.*

*Dos veces dio la vuelta al mundo, asistió a 33 batallas navales
e hizo 29 viajes a América y tres a Oceanía*

Q.E.P.D.

*El Capitán General Gobernador Militar
jefes y oficiales de esta plaza, le dedican
esta memoria, 1834*

Por real orden de 4 de julio de 1892 se dispuso que: «desde Badajoz sean trasladados sus restos mortales al Panteón de Marinos Ilustres, debiendo sufragar los gastos que se originen la familia del interesado, que solicita esta traslación. Pero el solicitante del traslado, que era su nieto don Nicolás Díaz y Pérez (3) no pudo allegar esos recursos —y murió aquel mismo año—, por eso los restos del veterano teniente Pérez de los Ríos quedaron en aquel cementerio de Badajoz.

(3) Precisamente debemos a este nieto suyo (por cierto, también masón destacado) la mayor parte de las noticias sobre la vida de Pérez de los Ríos, ya que no se conservan hojas de servicios ni otros documentos en el AGMAB, legajo 3363-567 (solamente contiene fotocopias de los textos que a continuación se citan). Véase Nicolás DÍAZ Y PÉREZ: «D. Tomás Pío Pérez de los Ríos», en *Revista Contemporánea* del 15 de agosto de 1890; «D. Tomás Pío Pérez de los Ríos. Historia de un héroe anónimo», en *Revista General de Marina*, octubre de 1890, pp. 535-558; «Don Tomás Pío Pérez de los Ríos», en el *Boletín Oficial del Cuerpo de Infantería de Marina*, agosto de 1892, pp. 284-293; y *Ensayo histórico-crítico de la Orden de los Francmasones en España* (Madrid, 1894), pp. 335-336. De esos mismos antecedentes familiares proceden las noticias publicadas por José Enrique RIVA FABAL: *Historia de la Infantería de Marina Española* (Madrid, Editorial Naval, 1967), pp. 81, 142 y 143.